



## El clérigo y la flor

Extraído de “Milagros de Nuestra Señora”  
de Gonzalo de Berceo.

De un clérigo leemos      que era de sesos ido,  
y en los vicios del siglo      fieramente embebido;  
pero aunque era loco      tenía un buen sentido:  
amaba a la Gloriosa      de corazón cumplido.

Como quiera que fuese      al mal acostumbrado,  
en saludarla siempre      era bien acordado;  
y no iría a la iglesia,      ni a otro mandado  
sin que antes su nombre      no hubiera aclamado

Decir no lo sabría      por qué causa o razón  
(nosotros no sabemos      si se lo buscó o non)  
dieron sus enemigos      asalto a este varón  
y hubieron de matarlo,      déles Dios su perdón.

Los hombres de la villa,      y hasta sus compañeros,  
que de lo que pasó      no estaban muy certeros,  
afuera de la villa,      entre unos riberos  
se fueron a enterrarlo,      mas no entre los diezmeros.

Pesóle a la Gloriosa      por este enterramiento,  
porque yacía su siervo      fuera de su convento;  
aparecióse a un clérigo      de buen entendimiento  
y le dijo que hicieron      un yerro muy violento.

Ya hacía treinta días      que estaba soterrado:  
en término tan luengo      podía ser dañado;  
dijo Santa María:      «Es gran desaguisado  
que yazga mi notario      de aquí tan apartado.

Te mando que lo digas:      di que mi cancelario  
no merecía ser      echado del sagrario;  
díles que no lo dejen      allí otro treintenario  
y que con los demás      lo lleven al osario.»

Preguntóle el clérigo      que yacía adormentado:  
«¿Quién eres tú que me hablas?      dime quién me ha mandado,  
que cuando dé el mensaje,      me será demandado  
quién es el quereloso,      o quién el soterrado».

Díjole la Gloriosa:      «Yo soy Santa María,  
madre de Jesucristo      que mamó leche mía;  
el que habéis apartado      de vuestra compañía  
por cancelario mío      con honra lo tenía.

El que habéis soterrado      lejos del cementerio  
y a quien no habéis querido      hacerle ministerio  
es quien me mueve a hacerte      todo este reguncerio:  
si no lo cumples bien,      corres peligro serio.»



Lo que la dueña dijo fue pronto ejecutado:  
abrieron el sepulcro como lo había ordenado  
y vieron un milagro no simple, y sí doblado;  
este milagro doble fue luego bien notado.

Salía de su boca, muy hermosa, una flor,  
de muy grande hermosura, de muy fresco color,  
henchía toda la plaza con su sabroso olor,  
que no sentían del cuerpo ni un punto de hedor.

Le encontraron la lengua tan fresca, y tan sana  
como se ve la carne de la hermosa manzana:  
no la tenía más fresca cuando a la meridiana  
se sentaba él hablando en medio la quintana.

Vieron que esto pasó gracias a la Gloriosa,  
porque otro no podría hacer tamaña cosa:  
trasladaron el cuerpo, cantando *Speciosa*,  
más cerca de la iglesia a tumba más preciosa.

Todo hombre del mundo hará gran cortesía  
si hiciere su servicio a la Virgo María:  
mientras vivo estuviere, verá placentería  
y salvará su alma al postrimero día.

## Episodio del León

Extraído del "Cantar de Mio Cid", anónimo.

En Valencia con los suyos vivía el Campeador;  
con él estaban sus yernos, Infantes de Carrión.  
Un día que el Cid dormía en su escaño, sin temor,  
un mal sobresalto entonces, sabed, les aconteció:  
Escapóse de una jaula, saliendo fuera, un león.  
Los que estaban en la Corte sintieron un gran temor;  
recogieron sus mantos los del buen Campeador,  
y rodean el escaño en guarda de su señor.  
Allí Fernando González, Infante de Carrión,  
ni en las salas ni en la torre donde esconderse encontró;  
metióse bajo el escaño, tan grande fije su pavor.  
Diego González, el otro, por la puerta se salió  
diciendo con grandes gritos: -¡Ay, que no veré Carrión!  
Tras la viga de un lagar metióse con gran temor;  
todo el manto y el brial sucios de allí los sacó.  
En esto que se despierta el que en buen hora nació;  
de sus mejores guerreros cercado el escaño vio:  
-¿Qué pasa aquí, mis mesnadas? ¿Qué queréis? ¿Qué aconteció?  
-Es que, mi señor honrado, un susto nos dio el león.  
Apoyándose en el codo, en pie el Cid se levantó:



El manto se pone al cuello y encaminóse al león.  
La fiera, cuando vio al Cid al punto se avergonzó;  
allí bajó la cabeza, y ante él su faz humilló.  
Nuestro Cid Rodrigo Díaz por el cuello lo tomó,  
y lo lleva de su diestra y en la jaula lo metió.  
A maravilla lo tiene todo el que lo contempló.  
Volviéronse hacia la sala donde tienen la reunión.  
Por sus dos yernos Rodrigo preguntó, y no los halló;  
aunque a gritos los llamaban, ni uno ni otro respondió,  
y cuando los encontraron, los hallaron sin color.  
No vieseis allí qué burlas hubo en aquella ocasión;  
mandó que tal no se hiciese nuestro Cid Campeador.  
Sintiéronse avergonzados Infantes de Carrión;  
fiera deshonra les pesa de lo que les ocurrió.